

Editorial

La ética del ocio



Manuel Quijano

En estos primeros días de mayo, se han estado publicando en el periódico *Reforma* los resultados de una encuesta sobre valores en adultos mexicanos. Se trata de un proyecto de encuesta mundial, iniciado en la Universidad de Michigan que probablemente aplica el mismo cuestionario en muchos países y luego separa los resultados. Es el cuarto ejercicio realizado (se hicieron otras en 1981, 1990 y 1996) con un universo aproximado cada vez de 1,500 adultos representativos porque el marco muestral, bien preparado, seleccionó participantes de las 32 entidades federativas previa estratificación que resulta equilibrada entre zonas rurales y urbanas, con cuotas apropiadas por edad y sexo. Se recuerda que la SSA desde los años ochenta preparó un marco muestral semejante y ha llevado a cabo encuestas confiables sobre uso de drogas, ciertos padecimientos, uso de medicinas paralelas, etc.

De la encuesta realizada en 1990 se publicó un análisis coordinado por la Dra. Juliana González, directora de la Facultad de Filosofía de la UNAM que, entre otras cosas, destacó que los valores éticos parecieron primordiales y que los valores que implican una conciencia crítica aparecieron favorecidos, tales como la tolerancia, el respeto, la pluralidad, el pacifismo y la democracia.

En la reciente, en resumen, también resultaron escogidos valores éticos; en orden decreciente, la familia con 97%, el trabajo 86%, la religión 68%, el servicio al prójimo 68 y el tiempo libre 50%. Es satisfactorio que no aparezca (en los primeros lugares) eso que daba en llamarse, en el capitalismo salvaje, "la realización personal" y que consistía en la acumulación de riqueza y poder, el logro de admiración y de un *status* social, el derroche de comida y bebida, vacaciones en sitios paradisíacos y la satisfacción sexual sin distinguir entre lujuria y amor.

Pero se me ocurre hacer comentarios a propósito de esa preocupación valiosa por el empleo del tiempo libre. Estamos en una época en que se pretende guiar (forzar) al individuo en todo y por todo, no sólo para actitudes positivas y beneficiosas como la forma de cuidar la salud, seguir recomendaciones preventivas de la enfermedad, desterrar los malos hábitos, evitar el sedentarismo y comer con moderación. No sólo para instruirse, fomentar la vida interior, ampliar los conocimientos generales y gozar con las altas realizaciones del espíritu humano; no sólo para hallar un trabajo apropiado a nuestras potencialidades y desarrollarlo con eficiencia y responsabilidad; no sólo para relacionarse adecuadamente con

los semejantes, evitar los conflictos, huir de las neurosis tanto agresivas, irascibles y violentas como del resentimiento, la envidia y la amargura. No sólo para canalizar productivamente nuestra afectividad y aprender a amar al cónyuge, la familia y los colegas de cualquier actividad... Sino también para otras actividades: ahora es común que los psicólogos y pseudopsicólogos de sectas, religiones, grupos de expertos, revistas periódicas y los efectos a creencias en los fenómenos "paranormales" se encarguen de bombardearnos, en forma continua, de consejos, recomendaciones y procedimientos mágicos, que no dejan de convencer a incautos ciudadanos, por otra parte muy respetables.

Como seguramente muchos más, he sido víctima en los últimos años de empresas que con el señuelo falso de que gané dos boletos para ir a cualquier lugar, intentan dirigirnos en la manera de emplear nuestro tiempo libre: visitar los lugares paradisíacos que anuncian, invertir en tiempos compartidos de hoteles y balnearios, no perderse de las diversiones que organizan y comportarse siempre como lo que los americanos llaman un "good sport".

Desde poco antes de la adolescencia, mentores de buena fe grabaron en nuestra corteza cerebral que la ociosidad es la madre de todos los vicios, el demonio. Que el ocio es el preámbulo de la lujuria o, cuando menos, del escepticismo y malos hábitos. Pero no nos dijeron que el ocio es asimismo el preámbulo del pensamiento en sí mismo, de la independencia de opinión. La soledad y el aislamiento no han sido ensalzados o fomentados por nadie, excepto durante los inicios del cristianismo en que los místicos eremitas creían encontrar mejor a Dios en medio del desierto y subidos en una columna.

Por eso, los empresarios enérgicos y los gobiernos progresistas, cuya misión es conducir a su grey —de grado o por fuerza— al paraíso de la abundancia, la tolerancia y la felicidad, vigilan su holganza y sus divertimientos, se los controlan y se los organizan. Nadie es más sospechoso que un ciudadano que pretende decidir por sí solo qué hacer en sus vacaciones, del que intenta emplear en solitario de su libertad; debemos conformarnos con lo que se nos propone para el tiempo libre. Igual que para las recomendaciones anteriores sobre la prevención, la instrucción y la salud mental, habrá que obedecer las prescripciones del Ministerio del Tiempo Libre, habrá que disciplinarse, hacer como todos, inscribirse en un Club de Vacaciones donde animadores especialmente adiestrados para ello, se encargarán de distraernos.

Alguien que quiere pasar un mes en Chapultepec, gastando sus suelas en la Avenida de los Poetas o sentándose a leer un libro en la Fuente de Don Quijote, es un rebelde y un mal ciudadano. El que no gasta gasolina, llantas y motor del automóvil en largas jornadas para poder decir que conoce la mayor parte de los monumentos prehispánicos es una persona sin curiosidad. El que se niega a adocenarse en grupos turísticos que recorren, visitan y fotografían diez ciudades en dos semanas, oír las disertaciones pueriles de guías calificados, degustar los vinos de la región y deleitarse con la comida típica, no tiene espíritu aventurero, es un retrógrada que no contribuye a ampliar el producto nacional bruto ni a la creación de empleos. El que actúa a contra-corriente es alguien que vive mal, que tiene malas costumbres y que dificulta el progreso comunitario.

Había que crear no la Secretaría del Tiempo Libre sino el Ministerio del Ocio. Debe rehabilitarse esta virtud. Gracias a que se aburría, Flaubert escribió *Madame Bovary*; en su triste senescencia, Casanova que bostezaba en el Castillo de Dux al no tener televisión o una Universidad de la Tercera Edad, escribió sus

Memorias. En cuanto a mí, me pregunto si por no tener otra cosa qué hacer me ocupo de pergeñar estos editoriales.

No hay que ir a contra-corriente por esnobismo o por placer. Pero sí creer que se puede hallar una “positividad en la negatividad”. Al fin, los médicos educados en una disciplina que requiere del método científico, estamos acostumbrados a no tomar nada como verdadero sin antes examinarlo y, si se puede, comprobarlo experimentalmente.

Los juicios de valor continúan siendo una necesidad de coherencia, cualquiera que sea la forma que adopten: lección, alegato, requisitoria o recriminación. Es preciso tener el coraje para externar cada juicio de valor aunque se exponga uno a malos entendidos o a críticas fáciles pero temibles: por el escrito aparecido en esta Revista en enero *En Defensa de la Universidad*, fuimos tratados los firmantes de derechistas anticuados en el periódico mural del CGH. Cuando la crítica a la autoridad no se basa en conocimiento del asunto y no se tiene madurez se cae en la demagogia y la insensatez.

La oposición ética es siempre un esfuerzo constante de elucidación, un llamado a la lucidez; no con afán didáctico sino de servicio a la acción positiva.